

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

ENTRE BASTIDORES

MONÓLOGO

ESTRENADO CON ÉXITO EN EL TEATRO PRINCIPAL DE MÁLAGA

LA NOCHE DEL 12 DE MARZO DE 1884

BENEFICIO

DEL EMINENTE ACTOR

D. VICTORINO TAMAYO Y BAUS

LA ADÚLTERA

POEMA

1884

Tipografía de El Diario de Málaga

7, Álvarez, 7.

SRTA. D.ª MARÍA GAMBARDELLA

Oyendo á V. decir una cuarteta de ¿Mártires ó delincuentes?, *me ocurrió el pensamiento de oir tambien en sus lábios versos mios: puse manos á la obra, y á los cinco dias llegaba á su poder este* MONÓLOGO.

Por V. lo escribi, V. lo puso en escena, y por V. lo aplaudieron; permitame, pues, que ponga su nombre al frente de estas páginas.

EL AUTOR.

MONÓLOGO

La escena representa el cuarto de una actriz: una percha grande al foro con algunos vestidos: canasta de la ropa: un tocador con neceser: velas en candeleros: un papel de estudio: varias sillas: el tocador, á la derecha del público: puerta lateral á la izquierda: la actriz, aparece delante del tocador.)

Sí, señor; es un trastorno
la indisposicion de Juana;
¡pobre chica, qué se afana
por servirme! Ni un adorno,
ni un detalle, ni un prendido,
escapa á su ojo avisor;
lo repito, sí, señor;
su enfermedad he sentido.
Pero, en fin, tal es mi estrella:
esta noche es necesario
que yo suba este calvario
de arreglarme aquí sin ella. *(Pausa.)*
Una noche bien cruel
ha de ser sin duda, sí:

me entusiasma mucho á mí
que nadie, en juicio fiel,
me corte un sayo en escena
porque vaya mal vestida,
mal peinada ó mal prendida:
me encocora y me condena.
Un lazo... mejor es rosa:
la flor, aquí; con mas arte:
muy bien; ahora, un aparte
y á pensar en otra cosa. *(Sentándose y hojeando el papel de estudio)*

Aquí está el papel, aquí;
me lo he de decir solita;
¡ay qué pena! ¡Pobrecita!
Me da lástima de mí!!!
Alguno, si esto me oyera,
seguramente ¡se esplica!
dirá:—Pues tonta es la chica.—
Pero asi no lo dijera
á estar en más pormenores;
que suele, en casos sencillos,
con sus tremendos anillos,
con sus negros torcedores,
con su empuje abrumador
y sin poder remediarse,
al corazon, enroscarse

la serpiente del dolor,
mientras en calma aparente
la risa en los lábios brilla;
el carmin en la megilla;
la paz del alma en la frente.

Si yo voy pisando flores!
Mi padre, muerto en la guerra;
mi madre, en lejana tierra,
¡ay! baldada de dolores,
y yo en tanto vivo aquí,
á solas con mi tormento...
para ganar el sustento
de aquella que sufre allí.
¿Quién me halaga? Quién me cuida?
Quién me guia y me aconseja?
¡Ni tampoco el amor deja
de mi madre, que es mi vida,
su estela en el pecho mio,
y con tanta desventura
siento á veces calentura
y siento en el alma frio!
¡Tonta! Nó, no puede ser
por mucho que lo parezco:
¡si yo no me compadezco,
quién me vá á compadecer!
Me aman, pero es egoismo;

un amor, que es la acechanza;
ola de lodo, que avanza
para empujarme al abismo...

¡Ay mamita! si supieras
qué ganas tengo de verte!
no estar contigo, es la muerte:
ya me valdré de maneras
para estar pronto á tu lado,
aunque sean pocos dias:
sí, señor, no son manias:
lo recuerdo con agrado
y sentimiento: en el monte,
limitando el horizonte
su torreon algimado,
y oculto allí, entre el misterio
de la soledad sombría,
el exterior se advertia
de un antiguo monasterio,
cuyo viejo torreon
en partes desmoronado,
presentaba en un costado
caduco y viejo esquilon,
que más que vibrar, plañia
cuando á los fieles llamaba,
ya que el albor apuntaba
de la luz del nuevo dia.

Formaba cónico cierro
la torre, y en su final,
como escudo contra el mal
se alzaba una cruz de hierro,
que por ley, quizás divina,
tendria abiertos los brazos
para benditos regazos
de la pobre golondrina.
Claro manantial, brotaba
del monte en cierta hendidura,
que rodaba á la llanura
cantando mientras rodaba,
y era digno da escuchar
el concierto misterioso,
que al alma dando reposo
formábase, entre el piar
de las aves en la cruz,
el canto de algun pastor,
el prolongado rumor
de aquel arroyo, que luz
destellaba, al ir saltando
con bullidora alegría,
y entre vaga melodía
que, lenta, se vá apagando,
hasta oir, pensé, en el viento,
como quejas celestiales,
los salmos penitenciales

de los monges del convento.
¡Es mi país! entre regiones,
la mas hermosa region;
la que ensancha el corazon
con más dulces afecciones.
Allí el torrente espumoso
entre rocas se despeña
y es el pico de la breña
más gigante y más hermoso:
ruje allí la catarata
con armonías salvajes,
y son verdes los paisajes
y es el cielo de escarlata:
allí la cumbre riscosa
á los cielos desafia;
allí es mas hermoso el dia
y es la noche más hermosa.
Allí, con tranquila calma
y siempre la mente fija...
siempre pensando en su hija
está mi madre del alma,
con mi recuerdo viviendo,
con mi ventura soñando,
pasadas dichas llorando
y fuerzas á Dios pidiendo;
allí, esperándome incierta
y nunca de sufrir harta...

Pero ¿qué es esto? ¡Una carta
por debajo de la puerta! *(Viendo una que habrán arrojado como el último verso indica.)*
Infame tiene que ser
cuando á mí llega arrastrando.
Vamos, la estoy contemplando
y no puedo contener
las náuseas de mis desprecios;
¡qué me asedian! ¡qué me apuran!
yo no sé qué se figuran
esos mentecatos nécios.
¿De quién será? ¡De quién! Harto *(Cogiendo la carta.)*
lo comprendo: de un gomoso
de esos mil que hecen el oso
á las puertas de mi cuarto.
El lechuguino indigesto
que en el violon no discorda,
el director que se engorda
y enflaquece al presupuesto,
el militar bigotudo,
el viejo astuto, meloso,
el autor empalagoso,
el marido ya... sesudo,
el hortera, el mandarin,
el ministro, el contrabajo,

el de arriba y el de abajo
y este, el otro, aquel... en fin,
y cese charla importuna;
todos, aunque no parezca,
van de pesca, y á la pesca
¡pues es claro! van á una. *(Aludiéndose.)*
Yo pienso que van muy mal;
¡mucha tierra, y cielo poco!
¡cuánto nécio, cuánto loco,
cuánto estúpido cirial,
cuánto caballero hormiga,
cuánto zascandil sin seso,
(Accion y tono muy afeminado.)
y cuánto... no, lo que es eso
no está bien que yo lo diga. *(Leyendo la carta que habrá abierto.)*
«Es usted guapa, Maria;
»que usted lo sabe, bien creo;
»lo que engendre su deseo,
»le dará la pasion mia.
»Yo sé que nécios rigores
»no son valla á la conciencia:
»le ofrezco á usted mi existencia
»á cambio de sus favores.
»La vida por un favor...
»ya vé usted que vá ganando:
»en fin, alma mia, ¿cuándo

»le podré jurar mi amor
»verbalmente y sin testigos?
»Señáleme usted la hora:
»sabe usted cuánto la adora
»el mejor de sus amigos.
»Postdata: si inoportuna
»crée de mi vida la oferta,
»pida usted; hay letra abierta
»contra toda mi fortuna.»
¡Aquí está! Vívora ciega
que á la liviandad provoca;
que envilece aunque no toca;
que mata si á tocar llega.
Hay, por arbitrios tiranos,
nécios que en viles antojos,
van, la impudencia en los ojos,
y el oro vil en las manos,
gozando pasion comprada
á mujer que no la siente
y emponzoñando el ambiente
que purifica á la honrada! *(Con despre-
cio y amargura á la vez.)*
Bastante la oferta encierra;
no es tan mezquino á lo menos
como aquel señor Centenos
que anoche me puso guerra. *(Haciendo
que imita la voz de Centenos.)*

«Si no me ama, por mi fé,
»que pagaré si es preciso,
»gentes en el paraiso
»para que silben á usté.»
¡Una silba! No me asusta,
aunque bien el tal se estriba;
mas yo pienso que de arriba
no parte una silba injusta,
y hasta me lo explico, en pós
de este afan que es mi consuelo;
como están serca del cielo...
tienen contacto con Dios. *(Arroja las dos cartas sobre la mesa.)*
¡Cuando digo que me agradan!
Vienen aquí mas de cuatro,
—*rinconeras* de teatro—
que á artista y público enfadan;
que son línea divisoria
entre el público y la escena;
para ellos no hay actriz buena;
ni fama que sea notoria;
ni quien no tenga un desliz;
ni quien del genio destellos...
pero en cenando con ellos,
¡bravo! ¡bravo! buena actriz.
Y por estos majaderos
que le dan gusto á la lengua,

por despecho y para mengua
de honrados y caballeros,
nosotras, pobres mujeres,
que hacemos del arte oficio,
hallando así el sacrificio
en lo que ántes son placeres,
heridas hemos de ser
de la honra en el sagrado!
¿Eres actriz? ¡Te has manchado!
¡Actriz no es una mujer!
Sin mirar, indiferente,
que no es posible el ejemplo
de que el teatro, siendo un templo,
nos eche lodo en la frente.
Habrá escepcion ¡quién lo duda!
en la vida teatral
está muy cerca del mal
la mujer, si no la escuda
el alma, para sentir;
la luz, para comprender;
las fuerzas, para vencer...
y áun la fé para morir.
La que sucumbe, en la llama
misma que encendió perece:
á esa el Templo no escarnece;
sinó que ella al Templo infama.
Mas ¿por qué me vá á apurar

lo que á otros no apuró?
allá ellos y acá, yó,
y á ser buena y trabajar,
porque hacerlo es necesario. *(Llaman á la puerta.)*

UNA VOZ. Buenas noches!

OTRA. ¿Abre usté?

(Haciendo un gesto de contrariedad y aproximándose á la puerta.)

Cuando me vista, abriré. *(Bajando al proscenio.)*

El autor y el empresario:
lo digo y no es vana ciencia;
siempre que los he mirado,
me han parecido, el pecado
unido á la penitencia.
Entre empresario y autor
la distancia es tan igual,
como desde el bien, á el mal;
como del ódio, al amor.
El empresario, es la cruz
que sobre el artista pesa:
si miramos una empresa
de la verdad á trasluz,
vemos su afan de dinero:
dinero y mucho, ¡que asombre!
¡Si el dinero fuera un hombre...

sería un mal caballero!
El empresario así es,
ó al ménos, así son muchos;
para *meditar*, muy duchos,
y el *pedestal* á los piés.
Poeta es luz, armonía,
vida, color, fuego, llanto,
y es bravura y es espanto,
y es dolor y es alegria:
pensamientos que descuellan
y se desbordan y agitan;
mares que no se limitan;
olas que nunca se estrellan;
luz que ciega por ser tanta;
vida corta por ser mucha
y en el corazon la lucha
y el pedestal á su planta.
Arcano aquí no se encierra:
los pedestales son dos;
pero uno viene de Dios,
y otro viene de la tierra;
que en la vida transitoria,
los dos al par se han creado,
uno, un pedestal *dorado*,
y otro, un pedestal de gloria.

Mas... al papel; fijo en él. (*Suenan dos campanadas.*)
¡La segunda campanada!
Vamos, me tiene asustada
este maldito papel. (*Hace como que estudia; pequeña pausa.*)

No se presenta en escena
drama que no hable de amor:
¡amor siempre...! Pues, señor,
es frase que no disuena;
mis oidos la perciben
y van sus ecos al alma:
más puedo decirlo en calma:
no es amor lo que aquí escriben (*Señalando la carta que arrojó sobre la mesa.*)
con cinismo aterrador
y ufanos, esos malditos:
que son ahullidos escritos
desafiando al pudor. (*Volviendo á hojear el manuscrito.*)
Pues la verdad, yo quisiera
me amasen cual yo amaría....
no, que amo yá....! Pues seria
bueno que en amar yo diera,
sin saber como, ni cuando.

ni á quien és, ni lo que es eso!!!

¿Qué es amor?... Dicen, que un beso
invisible, que ligando
dos alma en lazo fuerte,
las une de tal manera,
que apartarlas no pudiera
ni en la vida ni en la muerte,
el dolor ó la alegría
ó la inquietud, ó la calma.....
vamos, que yo quiero un alma
que venga á besar la mia.

Por más que vueltas le doy,
no puedo encontrar el hilo:
escuchando con sigilo
á mi corazon estoy,
y aunque, la verdad, no es ducho
en estas lides, me grita:
¡Pues ya tengo yo ganita
de que me amen, mucho... mucho...!
¿Y á quién amo...?—¡Cómo deja
llevarse mi pensamiento!—
á una ráfaga de viento;
á una nube que se aleja;
es un perfume, un suspiro,
ser mudo, ser intangible,

ya visible, ya invisible,
que me mira, que le miro,
que le aliento, que me alienta,
que me adora, que le adoro,
que me llora, que le lloro,
pero en fin, que no *revienta*
de una vez para gritar:
—Eres tú la gloria mia.—
Entonces, yo le diria,
pues te voy á contestar:
—Te lo digo y lo confiesa
por mi corazon mi lábio,
y ni sonrojo, ni agravio
me causa, si esto es flaqueza.
¡Toma entero el corazon!
Es tan grande el frenesi
de amor, que siento por tí;
es tan grande mi pasion,
que si por suerte fatal
á tus manos yo muriera,
mientras aliento tuviera,
mientras un soplo vital
á mi organismo restára,
con cariño, sin enojos,
y mis ojos en tus ojos,
y lividez en la cara
y en el alma la agonía,

con infinito placer
mi sangre ardiente, correr
en borbotones veria...
y nada mi afan escluya;
¿cómo contrariar tu empeño
si de lo tuyo eres dueño
y toda mi sangre es tuya...!
Y él entonces, de seguro,
dirá:—Tu amor es mi eden:
así te amo yo tambien:
mi amor es grande y es puro:
hace tiempo que sentia
yo en el alma un malestar...
era, que empezaba á amar;
era, que te presentia!!!—
Y luego yo, palpitante
de ventura y emociones,
realizando ya ilusiones
y el rubor en el semblante,
gritaré:—De afan se agita
mi corazon al oirte,
y no sé cómo decirte
que mi pecho necesita
seguirte oyendo, escucharte,
para mejor comprenderte
y más amor aún tenerte
si más pudiera adorarte,

y á la mútua voluntad
sujetos, vivir amando...—
Vamos... ¡pues no estoy llorando!
me creí que era verdad.

¿Por qué el corazon me late?
¿por qué todavía lloro?
¿Por qué? ¡Por qué! Pues lo ignoro:
vamos, loca de remate.

UNA VOZ. Carta.

¡De mi madre acaso! *(Con profundo gozo y corriendo á la puerta, que entreabre: toma la carta, la besa y dice los tres versos siguientes con gran entusiasmo.)*

De ella, si; ¡suerte benigna!
esta es noble y esta es digna;
no se arrastra; se abre paso.
No es su letra, mas decir
puedo que es su carta ansiada;
esa enfermedad taimada
ni aun le permite escribir.
Arcano que hace pensar;
llega, cuando la hija llora;
¡Una madre... en cualquier hora
tiene ocasion de llegar!
(Rompe el sobre y hace que lée un poco.)

Me hablan de otra carta aquí, *(Como sorprendida.)*
que á mi poder no ha llegado. *(Leyendo otra vez y argumentando con inquietud y asombro profundo.)*
¡Que ya se habrá consolado
mi pena...! ¡Lo dice así! *(Despues de repasar, como dudando, lo mismo que leyó.)*
¡Cielo santo. .! Muerta...! ¡Nó!
¡Si no es posible que sea!
¿Morir sin que yo la vea?
¿No estar á su lado yó...?
¡Jesús! Ilusion... me engañas!
nó: si estos signos escritos
parecen garfios malditos
que retuercen mis entrañas!
Yo léjos, y ella muriéndose!
yo feliz y ella lloraba!
yo feliz, y ella espiraba
à solas y retorciéndose
del dolor á los excesos
entre congoja y quebranto,
sin yo anegarla en mi llanto;
sin darle vida mis besos;
sin verla; sin estrechar
sus manos... ¡su cuerpo frio...!

Cuando asi premias, Dios mio,
¿qué haces para castigar!!!
Luz quiero; luz que dilate
mi cerebro; que le aniegue;
luz, aunque la luz me ciegue!
luz, aunque la luz me mate!
No es ya congoja; es delirio
á que vá la mente incierta... *(Sunan tres campanadas.)*
¡Parece un doble á la muerta!
A la escena. *(Se levanta.)* No; al martirio.
A fingir que no se llora!
¡Madre! Tu amor me ha escudado:
Dios te arranca de mi lado...
que me salve Díos ahora!!! *(Al concluir el último verso, se dirige con paso vacilante á la puerta, y al mismo tiempo de abrirla, cae desmayada.)*

TELON RÁPIDO.

LA ADÚLTERA

SR. D. M. MARTINEZ BARRIONUEVO

QUERIDO MANUEL:

Al saber que, unida al *Monólogo,* vas á publicar *en forma* tu poesía *La Adúltera,* á la que profeso un verdadero cariño, quizá por los sentimientos que, dormidos hasta entonces, despertó *Ella* en mí, me permito suplicarte, interponiendo en favor de mi pretension los buenos oficios de nuestra antigua amistad, aceptes como introduccion, ya que no los mal perjeñados renglones que me arrancó su lectura cuando por vez primera la diste á luz, siquiera este, que no puede considerarse juicio crítico de tu obra, toda vez que, para ser juzgada convenientemente, sería preciso que ó descendiese hasta mí, ó Dios me diera la mucha luz que me falta para ponerme á su altura.

Pero vivimos en un pais donde todo está admitido, y en uso del derecho que tengo para admirarme, en voz alta me admiro y te lo digo y hasta se lo digo á los demás, aunque esto sea innecesario, porque no debes dudar que tu poesía es de lo bueno que hoy se escribe.

Consecuente con mi antigua costumbre de decir las verdades apropósito de todo, y sea cual sea la persona que las haya de oir, voy á decirte lo que de tí pensaba. Creí siempre

que serias uno de tantos como yo llamo *frabricantes de versos*, que con más ó ménos trabajo, y haciendo, como suele decirse, la *olla gorda* á los comerciantes de papel, concluyen por decir cuatro quisicosas en pedazos cortados á una medida dada y consonando ó asonando con arreglo á las leyes de la poética.

No bastaban á convencerme de lo contrario los frecuentes argumentos que con tus mismas obras me ofrecias á cada instante. Veia algo, pero no dejaba de encontrarle ese no sé qué de raquitismo que se nota, dispénsame la comparacion, en los niños que no son de tiempo; debiendo advertirte que hoy, cuando vuelvo la vista hácia atrás y reflexiono un poco, se me ocurre que has luchado con armas muy desiguales y desventajosas.

Parece una necedad; pero es lo cierto, que entre las muchas preocupaciones que tienen como encadenado al hombre, una de ellas, quizá la más difícil de estirpar y de vencer, es la de que no nos parece posible que un indivíduo al lado del cual vivimos, que en todas partes le vemos, cuyas pasiones, debilidades y quién sabe si vicios, nos son conocidos al pié de la letra, no nos parece posible, repito; es más, nuestro orgullo se subleva sin darnos cuenta de ello muchas veces, ante la idea de que aquel hombre sea algo más que nosotros, discurra mejor que nosotros, y á más altura que nosotros llegue.

Pero viene el momento en que se domina ese obstáculo con las alas poderosas de la inteligencia y del sentimiento, y entonces *ya* todo es llano, ya nadie duda, ya se ha obtenido, en fin, lo que yo llamo el *titulo*.

Ese salto difícil de simple mortal á poeta con *titulo* lo has dado con *La Adúltera*.

Hoy, cuando todo parece que tiende á su disolucion, cuando la sociedad se descompone por la descomposicion de los elementos principales que la costituyen, que es la familia, y ésta á su vez se vé desorganizada por la descomposicion moral de la mujer, base y principio de todo, como que es la llamada á dar forma á esa masa dispuesta á cuanto en ella se quiera imprimir que principia en niño y concluye en

hombre, se hacía preciso que todo se aunase para conjurar con un esfuerzo de gigante la tan inmediata é irremediable ruina.

Conociendo esta necesidad, todo se pone al servicio de la nueva idea, y en la cátedra, en la tribuna y en el libro se lucha sin descanso; pero como para vencer á un enemigo desconocido y nuevo se necesitaban armas nuevas y desconocidas, vino el trascendentalismo á imponerse por la fuerza misma de las circunstancias.

Pues bien; en estos momentos de irresolucion y duda, cuando todo es desconocido, cuando todo viene á apocar el ánimo, en ese camino lleno de nieblas y asperezas, donde solo algunos se atreven á penetrar, tú lo has hecho, y lo has hecho con una valentía y una alteza de miras digna de ser elogiada por pluma de más autoridad que la mia.

Veamos ahora de qué modo penetras en ese que yo, siguiendo mi inveterado vicio de dar nombre á todo, llamo *Sirena de la literatura.*

Principias por herir la dificultad con gran precision, y ésto para mí es verdaderamente expuesto y difícil.

La Mujer—dices tú—es el primer elemento de que se forma la vida, la familia y la sociedad; pues este debe ser el principal personaje de mi obra.

Pero era preciso demostrar dentro de los límites del arte, lo que debió haber sido, lo que és, las consecuencias de no ser como debió haber sido y el modo de regenerarla.

¿Lo has hecho tú?

Para ser contestada por mí la anterior pregunta, sería preciso un volúmen, que ni yo me encuentro con fuerzas para escribir, ni el público creo que las tendria para leer, tanto mas, cuanto que con solo volver la hoja, encuentra solucionado el problema de un modo que no deja lugar á dudas.

¿Y de qué modo das solucion al conflicto filosófico que creas en tu apólogo?

Del modo más inesperado, más sencillo y más grande que imaginarse puede, porque sencillo, grande é inesperado es diagnosticar una enfermedad con una sola mirada al pa-

ciente y demostrar que la curacion que trae desesperada á la ciencia, tiene remedio fácil con un sublime específico *casero.*

Al llegar á lo que llamaremos nudo del drama que allí se desarrolla, dices, ó haces decir al Angel:

«Si á la mujer se quiere en su grandiosa
y sublime verdad, ó Tú, Dios mio,
niégale el pensamiento y haz de roca
su corazon, ó que le den los hombres
mundos más grandes, donde las hermosas
fuentes de su saber derramen perlas,
sin la capa sutil que las enloda.»

Despues de esto, es inútil continuar.

. . . .
. . . .

Desearia, como te digo al principio, que este testimonio de mi admiracion sirva de prefacio á tu poesía; y si no estuviese convencido de que el egoismo es para tí fruta descononocida, pretenderia lanzarte á tan valiente determinacion, como es la de mezclar en un libro lo que con el alma escribes y lo que escribo por obra y gracia del Espíritu Santo, diciéndote que siempre ganarias siquier fuera con el claro-oscuro que habrá de resultar al compararse mi pobre trabajo y tu brillante concepcion.

Pero como sé que esto es inútil, renuncio á tal intento y apelo solo á tu modestia, para que añadiendo una prueba más á las muchas que de ellas tienes dadas, permitas vaya unido á tu nombre, aunque inmerecidamente, el de tu amigo

GUILLERMO CARRERA RUBIO

LA ADÚLTERA

(Á ELLA)

I

Yo sé que voy á desgarrar tu alma:
yo sé que voy á recabar las hondas
raices del amor, que allá, en el fondo
de tu pecho, se agitan, cual las hojas
en las verdes cimeras de los árboles,
se estremecen si el viento las azota:
pero temor no abrigues, pues te juro
por esas dulces tintas melancólicas
que tal vez el pudor pone en tu frente,
que á tí no mas relataré la historia.
Atrás dejemos los felices dias,
mar en bonanza de arrullantes olas;
aquellas noches de sereno estío;
aquellas noches de feliz memoria;

de magníficos cielos tachonados
de estrellas, como lámparas hermosas
en el altar del mundo colocadas,
para alumbrar sus galas y su pompa;
de brisas que estampaban en las flores
besos de amor; de músicas sonoras,
formadas al rumor de las corrientes,
y misteriosos, plácidos aromas,
y penas dulces y alegrías tristes,
y silencio y quietud, y paz y gloria;
noches aquellas, que del brazo asida
de tu esposo feliz, amante esposa,
le jurabas amor y él te juraba
amarte siempre con el alma toda.
Atrás dejemos los felices dias,
dias, que al recordarlos hay quien llora
y conciencia que grita y pensamiento
que se nubla sombrío, y quien anota
esos gritos y lágrimas y nieblas,
como han notado que las frescas rosas
de tus megillas suaves, se tornaron
por las tintas de pálida magnolia!

II

Desplegando sus alas, Himeneo,
fué lloroso á postrarse en las alfombras
de perfumadas flores, que rodean
el poderoso trono de las glorias
humanas y divinas; sacra altura
de sublimes grandezas, donde mora
el Sér más noble de los séres todos;
el Sér que alienta con su sér las cosas.
Himeneo lloraba: de rodillas
ante Dios, asi dijo:

—La corona
de blancas flores, que ciñó la frente
pura y serena de la casta esposa,
cayó rota en pedazos: ya han perdido
sus flores el color y los aromas,
como en brazos de lúbricos deleites,
ella, en las ricas perfumadas blondas
de su lecho nupcial despedazados
los girones dejaba de su honra.—

Y el ángel prosiguió:—Tú me digistes:
—Serás de los esposos salvadora
luz que ilumine sus conciencias nobles:
tú darás á su amor, trono de rosas;
tú darás á su dicha espacio grande;
tú darás á sus besos suaves notas...
pero si manchan tus cendales blancos,
pero si el curso de mi ley estorban,
ven al Supremo Juez, que dá castigo
y humilla, ó con justicia galardona.—
Yo he cumplido, Señor, con tus pragmáticas;
yo he velado, Señor, las dulces horas
de alegrías sin fin, que los esposos
ambicionaron en sus ánsias locas;
mas pasaron los dias y los meses,
y pasaron los años, y las olas
de aquel amor del alma, al fin se estrellan
contra las duras y sombrías rocas
del indiferentismo y el cansancio
con su helada sonrisa me destrona.
Murió la luz; murió, pues se apagaron
los râyos luminosos de mi antorcha;
y aunque en tinieblas... ví; miré, Dios mio,
que la vergüenza con sus tintas rojas
manchó la nieve del pudor, que un dia
fué de aquella mujer sublime joya.
Ví que pecó primero el pensamiento;

ví que albergaba en él, ráfagas locas,
de otros mundos sin fin y otras esferas,
y otros altares, donde en otras formas
culto rendian las sacerdotizas
á una estátua de carne, que es la diosa
de los placeres lánguidos del cuerpo;
que se deleita más, cuando mas sola
y abandonada y triste y en tinieblas,
el alma siempre su inquietud devora:
la ví trás la entornada celosía
tender la vista por el campo ansiosa,
mientras que la serpiente del pecado
comenzaba á arrastrarse por la angosta
senda, que principiando en nuestra mente,
del corazon en los abismos toca:
ví rodar la serpiente á esos abismos;
ví cómo se enroscaba en las recónditas
fibras más delicadas de aquel pecho,
presentando la frente de la esposa
la marca triste de la fé perdida,
como en bruma de armiño, mancha roja;
como si el blanco prado de azucenas
salpicado se hallara de amapolas;
la ví gemir en las serenas noches;
la ví gozar en las tempestuosas
de huracanados vientos y de nubes
negras, como cortinas flotadoras.....

Y en esas noches de ventisca y nieve;
en esas noches que con furia indómita
el aquilon rebrama y serpentea,
y el tronco añoso de la encina dobla,
y grita y ruje, cual gritar debian
en danza triste, las visiones hórridas
de los desesperados, que del mundo
sin fé se alejan, sin la luz de gloria
que en el fanal purísimo del pecho,
es como el cáliz en la fresca rosa:
en esas noches en que el mar levanta
su salvaje cancion, que el alma atónita
y estremecida escucha, porque en ella
vibra punzante y sostenida y rónca,
en esas noches del invierno triste;
en esas noches de terror, medrosas,
yo la he visto dejar el hogar santo,
como la soledad, cuitada y sola;
como la noche, grave y enlutada;
cual la culpa, velada por la sombra;
como el afan, inquieta y palpitante,
la ví avanzar con ligereza mórbida,
tal vez como si huyera de sí misma...
ó impaciente tal vez, porque las hojas
de su pùdor no estaban aún deshechas
al beso impuro de candente boca!!!
Miré en girones las divinas gasas,

por la impureza y el pecado rotas,
y vi, Dios mio, su desnudo seno,
donde libó el amante la ponzoña
de los amores lúbricos... Dios mio...
y no pude ver más. . . . .
. . . .
. . . . Ni aun vi la cólera
de un esposo ultrajado, que con sangre
los pedazos uniera de su honra!!!»

III

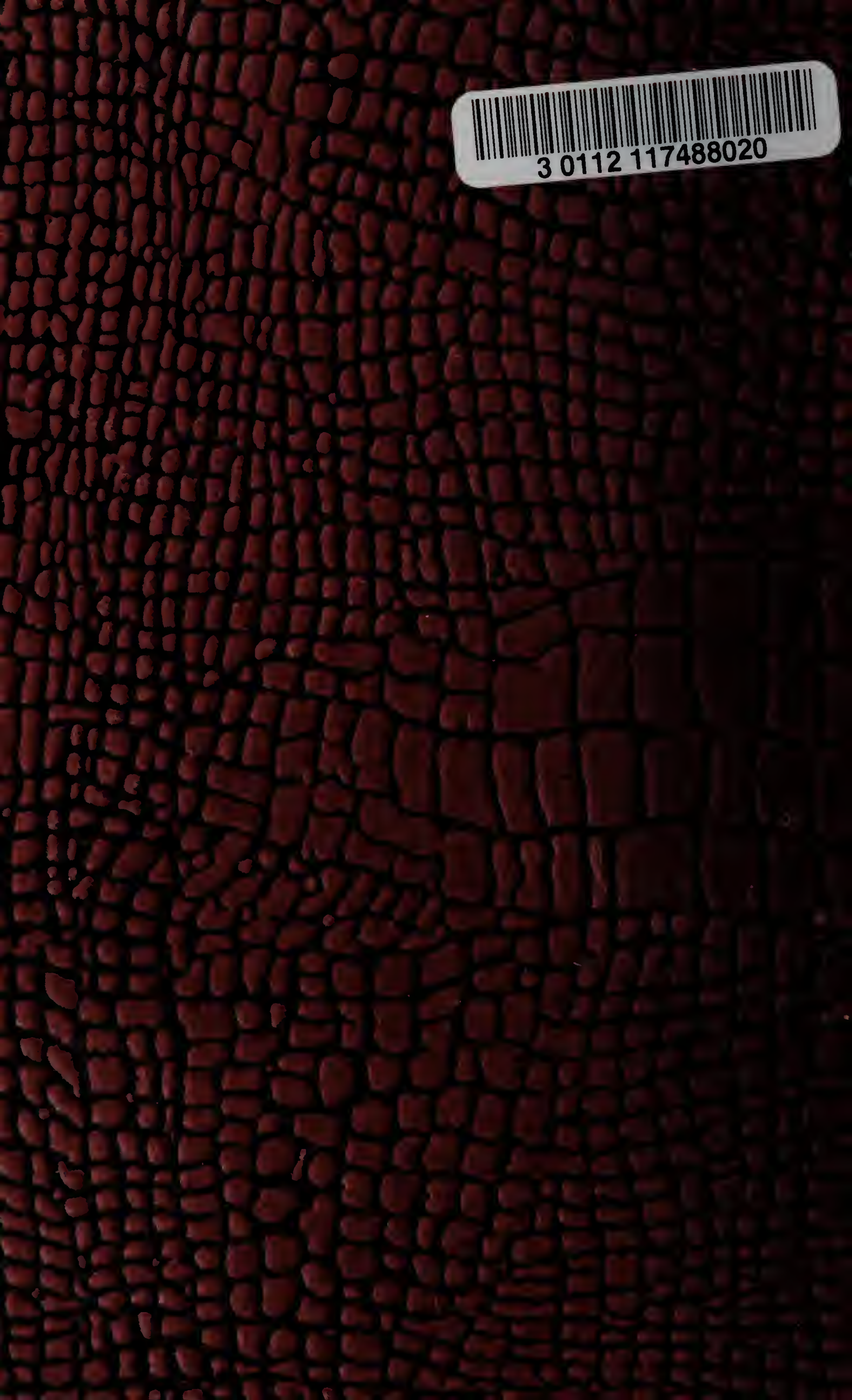
Se alzaba ya la diestra Omnipotente
sobre la desgraciada pecadora;
iba el rayo divino á aniquilarla,
cuando Himeneo, con la faz llorosa,
dijo, cuitado y suplicante y dulce:
—Ya Tú mision cumplí, Señor; y ahora,
déjame que á tus plantas de rodillas
implore la piedad. ¡Señor..... perdona!
Perdona á esa mujer... No es tan culpable!
¡Si es que su pensamiento se remonta,
las alas al tender, á otras regiones
en que se pierde! ¡Si es que le ocasiona
la misma exaltacion de sus ideas,
la base de su mal! ¡Si luego llora
la culpa que engendró! Su valor mismo,
las hace sucumbir, que así son todas;
buenas, pero el error las precipita.
Si á la mujer se quiere en sú grandiosa

y sublime verdad, ó Tú, Dios mio
niégale el pensamiento y haz de roca
su corazon, ó que le den los hombres
mundos más grandes, donde las hermosas
fuentes de su saber derramen perlas,
sin la capa sutil que las enloda.—

IV

Oí yo en sueños lo que hablaba el ángel,
y dije al ver sus manos temblorosas
que á Dios alzaba en ademan de súplica:
—Por ella el ángel compasion implora
y será perdonada y bendecida.
¡La muger! Me parece la congoja
de una felicidad que nos sorprende;
nos embelesa, pero nos agovia.
De un crisol me parece que ha brotado,
donde al calor de llama misteriosa,
en confusion revuélvense divina,
el *misterio* y el *llanto* y el *aroma*
de *Dios* y de las *penas* y las *flores*;
crisol tan misterioso y de tal forma,
que una Eva arrojó en el Paraiso;
y que una Juana D'Arc llevó á la Historia,
y su matrona púdica á las Galias,
y su asquerosa meretriz á Roma,

y en rara paridad, demonio y santo,
dió una madre á Neron y á Jesús otra.
Por eso la mujer, es fuerte y débil;
pero aunque pobre y aunque pecadora,
la mujer es el arte, el sentimiento,
y luz y vida y esperanza y gloria;
es lo bello que todo lo engrandece:
el orgullo de Dios. Su mejor obra.



3 0112 117488020